PREÁMBULO.

No nos proponemos escribir una obra sobre el arte de la guerra. Escritores eminentes han dedicado sus vigilias y sus estudios á un asunto tan importante para la conservacion de los pueblos. Queremos solamente aplicar las doctrinas de los autores que hemos podido haber á las manos, á la organizacion de la defensa militar de la República.

Largo tiempo nos ha detenido la idea de nuestra insuficiencia, pero viendo que nadie nos precede en una cuestion tan importante para la patria, nos hemos decidido á afrontarla, aunque no sea sino para estimular á los hombres de saber y patriotismo, á fin de que den á luz sus trabajos y fijen la marcha del gobierno adoptando un plan seguro y constante fundado en las necesidades y elementos del pais, para que cese esa fluctuacion de ideas que se advierte en el ramo de guerra desde nuestra emancipacion.

En el curso de nuestras tareas, tendremos necesariamente que valernos de las doctrinas que, como acabamos de decir, son el fruto de la esperiencia y el estudio de grandes generales y profundos políticos de los paises mas adelantados. Pero cuando citemos algun precepto ó alguna máxima emanada de ellos, en toda su integridad, lo haremos en letra bastardilla ó entre comillas con el objeto de que no se tome por parto de nuestra imaginacion ó se interprete meliciosamente como una usurpacion. Tambien copiaremos, cuando venga al caso, uno que otro párrafo tomado de los libros para apoyar nuestras ideas.

Al lado de los grandes conocimientos que materia tan importante re-

quiere, lucharemos con el inconveniente de las arraigadas preocupaciones que existen en el pais respecto de la fuerza pública; consecuencia precisa del papel mas ó menos directo que ella ha jugado en las revoluciones, como tambien por las contrarias prácticas que á su vez han ejercido los distintos gobiernos. No se estrañe por lo tanto que insistamos, acaso con tenacidad, en sostener algunos principios reconocidos en el mundo, pero que en México no están admitidos.

Entre todos, el mas sencillo, el mas práctico y en el cual estriba el porvenir de la nacion, es el de la existencia de un ejército regular. Sobre esto disertaremos, procurando no cansar á nuestros lectores.

Al emprender una obra, que puede ser bastante laboriosa, tendremos presente la situacion del pais y los elementos con que cuenta, pues no pretendemos de ninguna manera establecer sistemas que solo podrán convenir á paises constituidos y que cuentan con abundantes recursos é instituciones añejas, que han creado en los pueblos el hábito de obedecerlas sin repugnancia. Sin embargo, estamos persuadidos de que nuestro ejército necesita una reorganizacion completa; y si bien no adoptaremos en lo absoluto ó servilmente un sistema dado, sí tomaremos de todos aquello que nos parezca adaptable á nuestro modo de ser, no incluyendo en esta regla general la parte científica de la guerra, supuesto que aunque sus principios son universales, difieren los reglamentos de las distintas naciones en detalles que reunidos formarian una obra monstruosa.

La desproporcionada estension del territorio de la República; la escasa y esparcida poblacion á que está encargada su defensa; la vecindad de una nacion poderosa y llena de ambicion; la gruerra sangrienta é interminable del salvage; el peligro mas ó menos remoto de una guerra de castas, y el ascendiente que alguna nacion europea pretende ejercer en el pais, son otros tantos motivos que exijen imperiosamente un gran desarrollo de fuerzas militares; pero su organizacion y establecimiento reunen dificultades tan grandes, que bien se puede decir, sin exageracion, que el problema de la defensa nacional en ninguna parte es mas difícil de resolver. Efectivamente, al lado de la necesidad imperiosa de un grande ejército, se presenta la bancarota de nuestra hacienda, la falta de brazos para la agricultura y las artes, y la aversion de los mexicanos al servicio de las armas, á pesar de sus instintos belicosos.

¿Cómo coordinar éstas dificultades? ¿Cómo conciliar tan opuestas exigencias? Este será, pues, el objeto de nuestro ensayo y la cuestion que proponemos á los hombres ilustrados.

*

NECESIDAD DE UN EJERCITO REGULAR.

> El establecimiento de un ejército regular, así como el de las fortificaciones, es una cuestion de alta política militar; cuestion de vida ó de muerte para las naciones, segun que ellas lo hayan ó no comprendido y resuelto conforme á sus verdaderos intereses. Desgraciadamente la solucion es siempre muy difícil, pues ella no depende solamente de la topografía de las fronteras y del interior del pais; del número, de los hábitos y de la reparticion de la poblacion sobre el territorio; del espíritu y de las costumbres del pueblo; de su gobierno, de sus recursos financieros, comerciales y agrícolas, y de las vías de comunicacion con todos los pueblos del globo, *porque ella se complica mucho mas por la actitud militar de las fuerzas de mar y tierra que tengan sus vecinos, y sobre todo las naciones rivales.*"
>
> Vergnaud, Nouveau mannuel complet d'art militaire.

En todos los pueblos han aparecido hombres filántropos que horrorizados por los desastres de la guerra y calculando los inconvenientes que trae á las sociedades la existencia de los ejércitos, han declamado contra la primera y han propuesto la supresion de los segundos. Los brazos arrebatados á la agricultura y á la industria; los individuos perdidos en los campos de batalla; las familias desamparadas, y el producto del sudor del pueblo consumido en la mantencion de los militares, han sido las razones poderosas que han hecho valer para apoyar sus doctrinas y presentar como el bello ideal de la sociedad humana, el cuadro pacífico del trabajo y el empleo de las contribuciones del pueblo en objetos de progreso y de utilidad general. Tan bellas teorías, que volverian al mundo á la edad de

oro, no han podido desgraciadamente realizarse; y todo nos indica que jamás se realizarán, porque la fuerza es el último recurso en los litigios de la humanidad, y los pasiones los promueven sin atender á la justicia. Así pues, cuando desaparezcan del corazon de los hombres y de la política de los gobiernos los sentimientos innobles, podrá dedicarse tranquilamente el legislador á proveer á las necesidades generales y al desarrollo físico y moral de las sociedades. Tal estado de perfectibilidad es muy difícil si no imposible de realizar; mas aun cuando llegue este caso, no está tan cercano para ocuparnos de lo que entonces deba hacerse. Hoy, la realidad nos enseña que las naciones en el globo, los partidos en los Estados y los individuos en la sociedad, propenden á ensanchar constantemente el círculo de su poder; de lo que resulta que el fuerte vive siempre á espensas del débil, y éste se ve precisado á inventar recursos que lo nivelen con su adversario. Esto es de consiguiente lo que motiva esa guerra incesante que empapa diariamente la tierra de sangre: guerra cuyo orígen se remonta á los primeros tiempos de la humanidad; maldicion del Eterno si se quiere, y que no acabará sino cuando desaparezca la desgraciada raza que la sustenta, pero que nos impone el deber imperioso de prepararnos á rechazar cualquiera agresion; deber tanto mas apremiante, cuanto sea mayor la fuerza que nos amenace.

He aquí las causas que han dado orígen á la formacion de los ejércitos, mal de que hasta ahora no se ha podido eximir nacion alguna, mucho menos desde que la guerra ha venido á ser la ciencia mas difícil en su aplicacion y en cuyo aprendizaje se debe pasar el tiempo de paz si es que se ha de quedar con lucimiento cuando llegue el peligro. Y esta necesidad es tanto mas fuerte, cuanto que hoy no vence la fuerza mas numerosa y mas valiente, sino la mas instruida, la mas disciplinada, y la que sea dirigida con mayor acierto: y como los distintos y complicados ramos que abraza la instruccion de las tropas, el hábito de las fatigas y la costumbre de la disciplina, son cosas que no pueden improvisarse, se ha venido á la necesidad de la organizacion de los ejércitos regulares. Si no basta lo dicho para evidenciar esta verdad, lo apoyaremos con los siguientes párrafos que tomamos de la obra titulada: "Elementos del arte de la guerra" por el general D. Evaristo de S. Miguel.

"La historia de la especie humana se reduce á la historia de sus guer-
" ras. Los productos de su legislacion, de sus artes y su industria, no son
" nada cuando se comparan con el resultado de sus furores y discordias.
" Los grandes capitanes brillan sobre los bienhechores de la humanidad,

" y lo grandioso de las conquistas, ha hecho cerrar los ojos sobre su jus-
" ticia. Las naciones antiguas, las modernas, las que viven en la Zona
" tórrida, las que habitan las nieves de los polos, las que disfrutan los be-
" neficios de las luces, las que yacen sumergidas en las tinieblas, todas se
" distinguen por esta propension fatal que induce al hombre á destruir al
" hombre y ha convertido el globo tantas veces en un teatro de horrores,
" catástrofes y ruinas."

"Medite el filósofo contra esta pasion que degrada tanto á nuestra es-
" pecie: gima el moralista sobre los males incalculables que produce, y
" presente este cuadro á los ojos de la humanidad para su enmienda. El
" hombre de Estado, el legislador de una nacion que juzga á sus seme-
" jantes por los hechos, y á las demas naciones que rodean la suya segun
" las circunstancias en que puedan encontrarse, se contenta con observar
" este fenómeno para arreglar por él una gran parte de su conducta pú-
" blica."

"Al considerar, pues, la guerra como un estado natural del hombre, al
" reflexionar que desde la infancia de los siglos, las naciones se han destruido
" unas á otras: al ver á los romanos conquistar la tierra, á los bárbaros del
" Norte fundar tronos sobre la ruina y destruccion de los romanos: al echar
" los ojos sobre las revoluciones producidas por la guerra en el mundo
" moderno, emporio de la civilizacion y de la industria, se necesita contar
" con la guerra como con un elemento indispensable en las instituciones
" políticas de un pueblo."

"Cualesquiera que sean en efecto las circunstancias en que se halle esta
" nacion, cualesquiera que sean las miras benéficas de su establecimiento;
" *sean sus leyes perfectas, su situacion topográfica la mas feliz, sus*
" *vecinos los mas pacíficos y mejor intencionados, sus propios ciudada-*
" *nos los mas virtuosos y mas entusiasmados de su constitucion; si es-*
" *te Estado, si esta Nacion no cuenta con la guerra, si no se halla mas*
" *ó menos preparada á los ataques de sus enemigos interiores y este-*
" *riores*, su existencia será precaria y el legislador se habrá desentendido
" de una de sus obligaciones mas sagradas."

A las bellas frases que anteceden, nada podremos agregar que no sea débil y sin vida, pero escitados por un asunto que nos afecta vivamente, no podemos prescindir todavía de apuntar algunas reflexiones que nos parecen de bastante peso. Asentaremos desde luego que la civilizacion en su brillante progreso, ha sido impotente, no solo para abolir la guerra, sino tambien para hacerla menos frecuente; y algunos ejemplos bastaran para con-

vencernos de que los pueblos mas civilizados han sido tambien los mas guerreros, porque las luces solo han servido en esta materia para resolver el problema de cómo se destruirán mayor número de hombres en el menor tiempo posible: y no se nos arguya con las horribles matanzas de las guerras de la antigüedad, porque estas no se derivaban del género de armas con que se combatia, sino de la índole de una guerra bárbara y de la imposibilidad en que se encontraban los ejércitos batidos de recobrar la ofensiva, ó cuando menos de imponer respeto á sus perseguidores.

Dejando á un lado las apreciaciones tradicionales de las naciones que florecieron antes de los griegos, y cuyos hechos se hallan envueltos en la oscuridad, referiremos solamente, tomando á Grecia por punto de partida, el lustre de las naciones que han brillado en el mundo, tanto por su espíritu lucido como por sus costumbres guerreras, y veremos que casi sin escepcion, ningun pueblo ha figurado en primera línea sin perfeccionar antes su organizacion militar.

Las virtudes cívicas de los espartanos, sus sacrificios heróicos, no tuvieron otro orígen que la veneracion con que se veian los servicios que en la guerra se prestaban á la patria. Los atenienses sus rivales, no eran menos celosos en acordar recompensas á los militares, y no contentos con enaltecerlos en vida, los honraban aun despues de su muerte: sus restos conducidos al "Ceramicus," reposaban visitados y bendecidos por sus conciudadanos. En fin, todos los pueblos de la Grecia, ensalzando el ejercicio de las armas, acabaron por producir un número tan grande de héroes, que á pesar de haber pasado tantos siglos, no los puede contemplar sin admiracion la civilizacion moderna. Sin tan grandes estímulos, Pericles, Epaminondas, Alcibiades, Focion, Milciades, Xenofonte y otra multitud no se hubieran inmortalizado.

Roma, la señora del mundo, aprendiendo de todos los pueblos y llevando su saber hasta donde alcanzaba la punta de su espada, nos enseña claramente que sus conquistas no fueron tan solo el fruto de su influencia sivilizadora, sino de su perfecta organizacion militar. Allí como en Grecia, los honores rendidos á los que se inmolaban por la patria, eran un estímulo poderoso que impelia á los hombres á las grandes acciones; y solo cuando se olvidó á los defensores del Estado y se vió con desprecio el ejercicio de las armas, pudieron los bárbaros asentar sus tiendas sobre las ruinas de la ciudad de los Césares.

Despues de la destruccion de Roma, cuando las sociedades volvieron á la oscuridad, quedó imperando la fuerza brutal, y la preponderancia del

mas fuerte venció sin ayuda de las luces á los pueblos desunidos ó débiles. De todas maneras, con civilizacion ó sin ella, los pueblos guerreros dictaron la ley al mundo.

Carlo-Magno sucedió á los romanos en el dominio de la Europa. Mas adelante, los árabes, mas ilustrados y mas guerreros, cayeron como un torrente del Mediodia hácia el Norte amenazando conquistar esta region.

Durante la Edad media, circunscrito el ejercicio de las armas á los señores feudales y desarrollándose el espíritu quijotesco de la caballería, se cerró la puerta á los nobles instintos del patriotismo, y el arte de la guerra quedó reducido á luchas interminables que rara vez tenian otro objeto que la satisfaccion de viles pasiones. Fué solo en la valiente lucha que sostuvieron los suizos y los españoles por su independencia, cuando renació con todo su esplendor el arte militar, ayudado por el ardiente impulso del amor á la patria. Desde entonces la época brillante de las naciones ha sido la de sus glorias militares: cuando éstas han decaido, han decaido con ellas los pueblos, vistos con desden por los que á su vez entraban en la senda de las victorias.

España bajo Cárlos V: Suecia bajo Gustavo Adolfo y Cárlos XII: Turquía bajo Mahomet II: Rusia bajo Pedro el Grande: Prusia bajo Federico II, y Francia bajo Luis XIV y Napoleon I, son ejemplos palpitantes de esta verdad. Y no se diga que el espíritu del siglo ha modificado estas condiciones en la existencia de los pueblos: hoy mismo el papel mas ó menos importante de las naciones lo estudiamos en sus presupuestos de guerra. Dígasenos si no, ¿cuál de ellas figura en primer término sin contar con grandes ejércitos ó formidables escuadras?

Francia, Austria, Rusia, Inglaterra, ¿no marchan á la vanguardia de las demas naciones? Y Bélgica, Suiza, Baviera, Holanda, el Piamonte, ¿no tienen que dedicar toda su atencion á su organizacion militar y sostener ejércitos casi superiores á sus fuerzas para asegurar su existencia? ¿Y no vemos tambien en la misma Europa, otras naciones que por haber descuidado sus instituciones guerreras han quedado atras en el movimiento ascencional de sus vecinos? En América, los mismos Estados-Unidos, ¿no deben en parte su engrandecimiento á su bien calculado sistema militar?

Creemos indispensable llamar la atencion sobre una vulgaridad, que á pesar de serlo, hemos tenido el disgusto de escuchar en boca de personas que se reputan ilustradas. Ella es peligrosa y parece que tuvo su orígen para adormecer á nuestro pueblo y hacerlo demasiado confiado. Es el caso,

que se pretende establecer como principio, que el tiempo de las conquistas ha pasado: que las luces del siglo las rechazan, y que por consiguiente las guerras de la época no reconocen otro motivo que los intereses comerciales y de ningun modo el acrecimiento de territorio. En consecuencia, la nacionalidad de los pueblos débiles no tiene peligros que temer de la ambicion de las grandes potencias.

A nuestro modo de ver las cosas, semejante razonamiento no solamente es absurdo, sino que adolece de una refinada malicia: porque si para apoyar tal idea se nos pone por modelo lo que se llama el "equilibrio europeo," responderemos que tal argumento será uno de nuestros principales apoyos. Se nos dirá que al lado de naciones poderosas viven pacíficamente pueblos insignificantes; pero esto de ninguna manera es efecto de las miras pacíficas de aquellas. Cuando es amenazada una nacion débil, se ve en el momento que las otras, temerosas del acrecimiento de la agresora, corren con sus cañones invocando el buen derecho de la agredida; pero pueda alguna nacion fuerte sin escitar los celos de las demas, hacer usurpaciones, y entonces no tendrá escrúpulo de los derechos del conquistado. Si no estuviera tan fresca la reparticion de la Polonia; si no viéramos á la Rusia invocando pretestos mas ó menos fundados para espulsar de la Europa el poder Otomano con el objeto de ampararse de los Dardanelos y dominar mas adelante en el Mediterráneo: si no nos llamara la atencion la reciente lucha entre Dinamarca y Prusia por la cuestion de los Ducados; si la Austria no hiciera esfuerzos poderosos para dictar sus despóticas leyes en Italia y en Hungría, cuyos pueblos detestan su dominacion; si la Inglaterra no derramara su sangre y sus tesoros para conservar y acrecer su poder en Asia; si no soñara la España en recobrar una parte de sus antiguas posesiones en América; y por último, si los Estados-Unidos no nos hubieran despojado de la mitad de nuestro territorio y no se aprestaran á trazar con la punta de la espada nuevas conquistas en la futura carta geográfica de la Union, nosotros admitiriamos de buen grado la teoría, de que la época de las conquistas ha pasado; pero en vista de los hechos que llevamos referidos, ninguna elocuencia nos podria hacer cambiar de ideas.

Desgraciadamente, el tiempo de la violencia no ha concluido, y la ley del mas fuerte es todavía la razon de las naciones. El siguiente párrafo que tomamos de un célebre escritor militar, dará mas valor á nuestras opiniones.

"El arte de la guerra llevará impreso por mucho tiempo un sello de

" barbárie. La generacion que acabó, la que empieza, no podrán desde
" luego olvidar los sacrificios de la victoria ni las desgracias de las derro-
" tas. Mientras que el derecho del mas fuerte sirva de política; mientras
" que la espada de *Brenus* dicte la paz, ¿cómo esperar que las guerras
" pierdan su carácter devastador? ¿Cómo llegar, en fin, á los principios de
" moderacion que son los únicos que pueden honrar la victoria?"

En vista de todo lo que llevamos dicho, creemos suficientemente probado que ningun pais del mundo prodrá existir sin contar con una fuerza armada bien calculada con sus necesidades, y cuya organizacion llegue al mayor grado de perfectibilidad conciliando la moral, disciplina é instruccion de las tropas con la economía; pero sin que ésta sea confundida con la miseria. La armonía que resulta de la combinacion de tan distintos elementos, es lo que se llama el sistema militar ó el sistema de guerra de un Estado.

"Pero el sistema de guerra de un Estado, es el enlace y distribucion
" que se hace de cierta reunion de hombres, á quien el mismo Estado le
" encarga el cuidado y vigilancia para su seguridad interior y esterior, la
" proteccion de las leyes y la justa defensa de sus derechos é intereses.
" Para esto es preciso la perfeccion del instituto, tanto en el equilibrio de
" sus diferentes armas, como en el número de combatientes, que guarden
" proporcion con los demas hombres, segun las necesidades que ofrezcan
" las circunstancias locales y la estension de los dominios para su protec-
" cion y la del comercio que hagan. Es así mismo necesario tener en el
" mejor estado esta máquina política, sin decadencia; distribuidos con
" equidad y justicia los operarios y separado todo aquello que pueda en-
" torpecer el movimiento ó complicarlo en verdadero perjuicio del estable-
" cimiento, en tal modo que el conjunto de leyes que compongan el siste-
" ma, sean constantes é invariables; que se dirijan todas á la utilidad que
" se proponga; *que no se destruyan por causas accesorias* que turben
" la armonía: que nada haya en ella de inútil y vicioso, y que todo se ha-
" ga por teorías simples, claras y sin complicacion."

Conformes ya en establecer una fuerza militar, nos quedaba por resolver las condiciones que esta ha de llenar; pero la insercion que acabamos de hacer nos releva del trabajo de averiguarlas: mas antes de acabar este artículo y consecuentes con el contenido de la última parte del epígrafe que adoptamos, llamaremos fuertemente la atencion del público sobre la configuracion desfavorable del territorio nacional, cuya parte mas ancha y despoblada es tambien la mas próxima al peligro, cuyo agente estendiendo

sus robustos brazos por el Oriente hasta la Florida, cerrando el golfo de México, y por el Occidente hasta la Baja California amagando á Sonora, parece impaciente por lanzarse sobre una presa que se le escapa.

Véanse nuestras costas desguarnecidas y desiertas de buques de guerra: el interior del pais desprovisto de plazas fuertes que sirvan de puntos de apoyo y de depósito á los ejércitos que entren en campaña, y se comprenderá que la República no puede subsistir sin adoptar *un sistema de guerra.*

No se nos oculta que lo que proponemos no puede hacerse en un dia, y mucho menos en el estado de miseria en que se encuentra el erario; tanto mas, que ninguna nacion ha completado sus establecimientos sino con el trascurso de los siglos; pero lo que deseamos es, que se adopte un sistema cualquiera, que puesto en práctica desde luego, aumente dia á dia nuestra fuerza y nuestra respetabilidad en el esterior.

Muchos temen que si el pais desarrolla y perfecciona su sistema militar, la fuerza armada se sobrepondrá al poder civil. Cuando esto ha sucedido ha sido á causa de los vicios de una mala organizacion, pues que la fuerza pública bien arreglada no debe entrañar ningun principio de desórden; por el contrario, es la clave sobre que descansa el órden social. Si no nos hubiéramos hecho el ánimo de hacer á un lado todo lo que tenga relacion con nuestros desaciertos, podriamos probar que los gobiernos han sido casi siempre responsables de la mayor parte de los errores y desórdenes que ha cometido el ejército mexicano. Pero lejos de nosotros la idea de afrontar cuestion tan espinosa, que nos exigiria un tiempo del que no disponemos y nos distraeria del objeto principal que nos hemos propuesto.

ORGANIZACION DEL EJÉRCITO.

Convenidos en la necesidad de la existencia de la fuerza armada, pasaremos à razonar sobre su organizacion; y como cuestion tan complicada abraza necesariamente distintos ramos, para facilitar el trabajo la trataremos en el órden siguiente:

Recluta.—Duracion del servicio.—Disciplina.—Licencias absolutas.—Retiros.—Inválidos.

*

DE LA RECLUTA.

> La ley que sin distincion ninguna llama á todos los jóvenes ciudadanos á entrar en suerte para mantener y completar los cuadros del ejército, ya sea que se llame milicia, conscripcion ó reclutamiento, no es otra cosa, lo tenemos dicho con franqueza, pero lo repetiremos mas de una vez todavia, que la ley del impuesto de sangre, y este nombre solo revela la absoluta necesidad de su inflexible nivel. Desde luego ninguna escepcion, cualquiera que sea, ningun emplazamiento puede ser admisible para aquel que la suerte ha designado y que se ha reconocido apto al servicio de los regimientos ó de la administracion militar. Sin duda que la ineptitud para el servicio militar deberia ser condenada á un impuesto especial de guerra, entrañando tambien la incapacidad de obtener empleos públicos.
>
> Vergnaud.

No llevaremos las cosas tan adelante como el autor del párrafo anterior propone, porque vivimos en un pais donde todavía se necesitan aclimatar ciertas instituciones antes de querer llevarlas á su perfeccionamiento; pero desde luego nos manifestaremos partidarios decididos del sorteo, porque no vemos otro medio que reuna las circunstancias de equidad y de justicia y que mejor se hermane con los principios republicanos, porque ¿cómo es posible que en un pais donde diariamente se habla de igualdad de derechos, de fraternidad y de libertad, todo el mundo rehuse su cooperacion personal para la defensa de estos mismos principios y aun de la independencia nacional, y se haga caer la contribucion mas odiosa y mas terrible, que es la de sangre, en la clase infeliz de la sociedad, que es al mismo tiempo la menos interesada en la conservacion de los preciosos bie-